

El nacionalismo en el Brasil

Por João DA CRUZ COSTA

No hace mucho tiempo, en un artículo escrito para *Cuadernos Americanos*, intenté caracterizar, de manera sumaria, las transformaciones ocurridas en el pensamiento brasileño durante la transición del siglo XIX al siglo XX. Es obvio que el resultado de esas transformaciones ya se encuentra casi superado; no obstante, sirve aún para la comprensión de la marcha de las ideas en Brasil. Hoy, sin embargo, la situación es otra. La aceleración de la historia ha sido muy rápida en este siglo, no sólo para los pueblos de fuentes de cultura nutricia, que solemos llamar "civilización occidental", sino también para aquellos que son sus consumidores y que la continúan en América. Tal aceleración no fue menos rápida y significativa en relación con la inteligencia aún vacilante, y en tantos aspectos paradójica, de países como el nuestro, donde las condiciones de vida son, para la gran mayoría de los hombres, de subdesarrollo.

Ahora, para examinar y comprender con claridad la historia de las ideas en nuestro Continente, es condición de principio (y parece que en esto estamos todos de acuerdo) considerar nuestro origen colonial. Es menester, entonces, que tengamos en cuenta las vicisitudes del colonialismo, sus avatares, también en lo que se refiere a nuestra historia intelectual.

No es éste el momento de examinar —como ha hecho recientemente un autor contemporáneo de mi país, Nelson Werneck Sodré— la variada gama de esas vicisitudes. No será, con todo, inconveniente, creo —y lo juzgo hasta oportuno—, indicar algunos aspectos de esas vicisitudes, ligadas al problema de la historia de las ideas en mi país.

"Toda ideología —escribe Werneck Sodré— es justificativa por definición y originándose en condiciones concretas... intenta aparecer como apriorística. Por ideología del colonialismo se entiende el conjunto de ideas y conceptos que —nacidos y desenvueltos con la expansión colonial de las naciones del occidente europeo— pretendieron justificar su dominación sobre los territorios de los que se habían apoderado en ultramar y que dominaban directa o indirectamente administrando sus destinos, por la posesión territorial, u orientándolos según sus intereses, por la supremacía económica sobre ellos y sus metrópolis. Surgió y creció con la fase mercantilista y se consolidó con el proceso que colocó al capitalismo como modo de producción predominante, desembocando en la fase imperialista a la que asistimos."¹ Principales soportes de este proceso ideológico fueron las propias élites intelectuales de los países coloniales o de origen colonial. Reforzándolas en esa falsa posición en que por mucho tiempo permanecieron, hubo incluso quien afirmara que "América aún no había conocido su historia universal"² cuando, desde 1530, como observó Lucien Febvre, ya se encuentra en la problemática moral y política de Europa la noción *revolucionaria del Buen Salvaje*³ que tiene su origen en las reflexiones nacidas de los descubrimientos de nuevas tierras. América entró en la historia a partir del siglo XVI arrojando, por así decirlo, una ráfaga de aire nuevo en el incierto pensamiento renacentista.

Es evidente que los países de América —fruto de la expansión económica de Europa, iniciada en el siglo XI y realizada con plenitud desde mediados del siglo XVI— no pueden, por tanto, ser estudiados con independencia de lo que ocurre en Europa; y allí se inicia el proceso colonialista que tan profundamente marcó nuestro destino histórico.

La situación hoy es distinta: asistimos a la liquidación del colonialismo. De las antiguas colonias, surgen para el mundo nuevas naciones que están determinando un nuevo equilibrio de fuerzas en el campo internacional. Ese proceso de liquidación colonial, como observa Werneck Sodré, no es sin embargo antiguo y comenzó con la Revolución Industrial que transformó el escenario americano e hizo surgir las naciones que integran nuestro Continente.⁴

En el pasado, no obstante, fue "posible alcanzar la autonomía manteniendo la estructura anterior de producción y moldeando las instituciones según lo imponía aquella estructura, ya que el colonialismo encontraba en la independencia de determinados territorios —que se constituían en países mas no en naciones, en el riguroso sentido del término— una prolongación natural. Se transformaba apenas, de político —caracterizado por la subordinación a otro territorio, que era metropolitano—

en económico".⁵ Lo que ocurre hoy es diferente. Hay en nuestros días "un contenido revolucionario inequívoco en los movimientos por la emancipación"⁶ y las verdaderas élites intelectuales, progresivamente liberadas de la sumisión a la clase privilegiada y también de la fascinación —aquel arrobamiento ante todo lo que venía del extranjero, que Capistrano de Abreu llamó *transoceanismo*—, se vuelven ahora a las realidades históricas que ven a su alrededor, hacia los problemas de la Nación. De allí el interés y la importancia que asume el *nacionalismo* en el Brasil actual.

"Sea cual fuere la posición frente a ese fenómeno central de la vida política brasileña en los días que corren" — es sabido que vida política y vida intelectual siempre estarán ligadas en la historia de nuestras ideas— "no hay duda que representa un hecho de importancia indiscutible, y configura un cuadro en que esa posición deja de ser indiferente para ser militante."⁷

Es cierto que los términos *nacional* y *nacionalismo* no gozan, en virtud de lo que nos ha enseñado la historia reciente, de un significado agradable y hay fuerzas interesadas en darles una resonancia odiosa, que en sí no tienen ni podrían tener en un país de formación tan heterogénea como Brasil. No proceden, pues, "las comparaciones, que suelen ser acusatorias, de que el nacionalismo es históricamente inactual —el colonialismo también lo es— y que puede llevar a lo que condujo en otros países, particularmente en Alemania y en Italia. Es claro que el nacionalismo puede conducir a todo; pero no hay ningún parentesco entre la situación de un país como Brasil, de estructura económica todavía hondamente viciada por el colonialismo, y naciones, como las citadas, en las que el orden capitalista estaba plenamente instalado. Y sería simple, de otro modo, establecer distinciones por una fácil comparación: las fuerzas económicas que ayudaron al nazismo y al fascismo son las mismas que se oponen aquí a la ambición nacionalista."⁸

Sin ir tan lejos, como hizo Nelson Werneck Sodré, al inaugurar los cursos de 1959 en el *Instituto Superior de Estudios Brasileños*, cuando brillantemente estudió las raíces históricas del nacionalismo brasileño,⁹ limitémonos a examinar, siguiendo sus pasos, sólo el periodo relativo a nuestros días, lo que él califica de *revolución brasileña*: "el proceso de transformación por el que nuestro país atraviesa, con objeto de superar las deficiencias originadas en su pasado colonial y en la ausencia de una revolución burguesa en su desenvolvimiento histórico".¹⁰

Este proceso de transformación data —según Nelson Werneck Sodré— de la revolución política-militar de octubre de 1930, con la cual terminó la primera fase del régimen republicano en el Brasil. La fecha de 1930 es, sin duda, una de las más importantes en la historia brasileña reciente. 1930 es la "viva encrucijada en que debía escarnecerse el predominio de una élite de letrados puros, de *dilettantes* del conocimiento, de *amateurismo* vago y disperso".¹¹ Allí termina también una etapa de historia de las ideas en Brasil, tal vez la que se inició en 1870. Todavía, el proceso que condujo a 1930, por lo que se refiere a las transformaciones intelectuales, creo, se inicia con la aparición, en 1902, del libro de Euclides Da Cunha, *Los sertones*. Euclides Da Cunha es un precursor del pensamiento brasileño actual. Él supo ver, tal vez más que comprender, lo que había de contradictorio en el panorama intelectual del Brasil de su tiempo, lo que había de paradójico, por no decir de ridículo, en la actitud de la gran mayoría de los intelectuales de entonces, presos en la contemplación de Europa. Trata en su libro la situación dramática del hombre del *sertón*, y revela a los intelectuales "puros" de las orillas del Atlántico, abismados en la grotesca y asombrada nostalgia de unos valores del espíritu en los que no habían colaborado y de los que eran meros consumidores, la tragedia del humilde hombre de la tierra. En el umbral del siglo XX, en una atmósfera dominada por los *espíritus europeos*, cuando los intelectuales brasileños aún "se tapaban los oídos con algodón para no escuchar ninguna estridencia brasileña", Euclides Da Cunha supo clamar a favor del olvidado y abandonado *sertanejo* en la revuelta de los fanáticos de Canudos, revuelta hecha totalmente de miseria. Si no supo entender con toda claridad la hondura del drama que vivía el hombre del *sertón*, el drama del país, supo, con todo, revelar la causa santa de la justicia que, de manera primitiva, se contenía en aquella revuelta.

El "fanático", el hombre humilde, ignorante, saldrá de la selva precisamente para exigir una reforma: *la reforma de la inteligencia brasileña*. He aquí el primer mensaje que nos llegó del pueblo humilde.

En el ambiente espiritual de los primeros años de este siglo, siguen vigentes las mismas tendencias contemplativas, filosofantes, de pensamiento que habían influido durante el periodo imperial. El catolicismo y el eclecticismo aún tenían vigor, ambos en perfecto acuerdo con la clase privilegiada. El positivismo alcanzará entonces su punto más alto, en el momento de la Constitución de 1891, configurada sobre la de los Estados Unidos de América. Pero, a partir de allí, dijo uno de sus jefes religiosos, Miguel Lemos, sufrirá una *fatal atenuación*. El materialismo vago y vulgar traerá consigo, cediendo a la moda espiritualista de entonces, un confuso movimiento de *resurrección* metafísica. En esa atmósfera, enajenada de los problemas de la tierra, se complacían los *dilettantes* de la época. Entonces, apareció el libro de Euclides da Cunha,

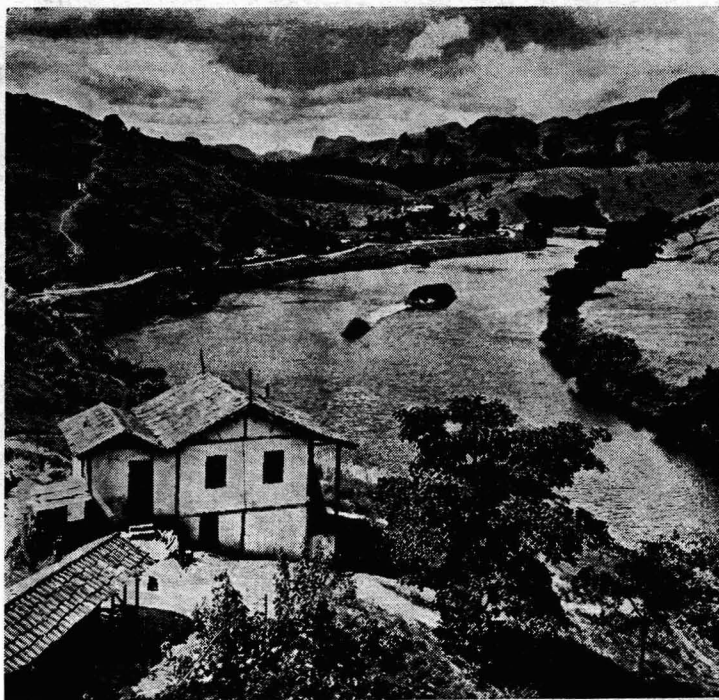
Si bien él no orientó, desde luego, la inteligencia brasileña hacia una nueva actitud, contribuyó, empero, a alentarla. Por eso, en los *sertones*, fueron lanzadas "las bases de una verdadera manumisión intelectual".

Poco a poco, nuestra inteligencia dejará de ser el mero aparato de "exposición sedentaria de doctrinas", a que se refería Mario de Andrade, para hacer consideraciones y reflexionar sobre la realidad que nos rodea. Esa nueva orientación adquirirá cada vez mayor significado a partir de la Primera Guerra Mundial.

El problema del café, es sabido, fue el eje de la vida nacional en la última fase del siglo XIX y la primera del siglo actual — quizá aún lo sea en los días que corren. El café dio prosperidad al Brasil, ayudó, ya antes de la explosión de la Primera Guerra, a que nos libertásemos de algunas de nuestras características coloniales. El café propició a nuestra incipiente industrialización en la segunda década del siglo XX. Una transformación de la inteligencia brasileña estará ligada con las transformaciones económicas surgidas en el país a causa de la Guerra Mundial. Ante nuevas condiciones concretas de existencia, era necesaria una nueva actitud. Los utensilios intelectuales del pasado no estaban a la altura de las nuevas exigencias temporales.

En el campo económico, la situación era ésta: toda nuestra producción se consumía en el interior, menos "el café que fortalecía los recursos con que nos abastecíamos. En cuanto dominamos los mercados, todo sucedió más o menos normalmente".¹³ Ya no sería así, aún, sobre todo, en el principio de nuestro siglo. Continuas crisis surgían en el mercado externo. Tales crisis, con el dominio político de la clase territorial, no correspondían sucesivamente, a una concentración de lucros y a una distribución magnánima de los perjuicios — se trataba, en suma, de socializar las pérdidas. Esa tan singular socialización va a provocar la contradicción entre la clase privilegiada y las demás clases.¹⁴ Pero no sería ésta la única contradicción. Había también la que opusieron los propietarios de las tierras que "producen café y dependen de la exportación y de toda la política económica, particularmente de la tarifa y del cambio, que regula la exportación, y los que producen lo que se destina al mercado interno. Éste corresponde ahora a una población de 50 millones, y ya que en nuestros días ha subido a 70 millones, no sería demasiado admitir que, en total, el mercado esté representado por 20 o 30 millones. Se trata, es evidente, de un mercado de importancia. Y es tan importante que ha merecido un trato especial por parte de las fuerzas económicas externas, que lo disputan, y casi lo conquistan, en condiciones también casi siempre onerosas para las fuerzas económicas internas, cuyo crecimiento es acelerado."¹⁵

La primera gran crisis que determinó una transformación decisiva en la vida económica brasileña fue, ya lo dijimos, la Primera Guerra Mundial. Ella nos libertó, dice uno de los representantes del pensamiento católico, Alceu de Amoroso Lima (Tristao de Ataíde), de "muchos prejuicios".¹⁶ "La transformación del mundo con la decadencia gradual de los grandes imperios, con la práctica europea de nuevas ideas políticas, la rapidez de los transportes y mil y otras causas internacionales, como el desenvolvimiento de la conciencia hispanoamericana y brasileña, los progresos de la técnica y la educación —escribió Mario de Andrade— imponen la creación de un espíritu nuevo y exigen la reverificación y la remodelación de la inteligencia nacional."¹⁷ De este modo, la *Semana de Arte Moderno* de



"nuevas condiciones concretas de existencia"

Sao Paulo, en 1922, que "casi había degenerado en un insoponible *esnobismo literario*",¹⁸ acabó siendo una "revuelta contra lo que era la inteligencia nacional".¹⁹ Es cierto —y lo dice el propio Mario de Andrade— que "el movimiento de inteligencia que representábamos, en su fase verdaderamente *modernista* no fue el factor de los cambios político-sociales, posteriores a él en el Brasil. Fue esencialmente el precursor y el creador de un estado de espíritu revolucionario y de un sentimiento de rebelión".²⁰ Las condiciones del mundo se habían transformado y el pensamiento brasileño trataba de dar una nueva *significación a su papel*. Así, con esta "fecha de 1930 principia para la inteligencia brasileña una fase más tranquila, más modesta y cotidiana, más proletaria, por así decirlo, de construcción en espera de que un día las otras clases sociales la imiten".²¹

Y ha sido esa imitación lo que las fuerzas más esclarecidas vienen tratando de hacer difícilmente, en los años que median entre 1930 y nuestros días. Una revolución que sólo los ciegos no ven y los sordos no oyen, sigue desarrollándose de un modo cada vez más consciente. A ese progreso de conciencia, que se hace en medio de vicisitudes y contradicciones, podríamos quizá, llamar *nacionalismo*. Es el fruto de las transformaciones económicas y sociales que se producirán, con mayor rapidez, a partir de 1930. Nadie ignora los enormes progresos que Hispanoamérica realizó en los últimos treinta años y que son el resultado de una transformación en su política económica. Hispanoamérica viene esforzándose, como es sabido, a través de mil dificultades para desarrollar la economía de sus pueblos. La ideología del colonialismo reinará de este modo "y la supremacía de la clase propietaria se mantendrá sin contrastes. Pasó la época en que, durante el siglo XIX, se operaron alteraciones importantes, tanto en la estructura económica, como en las relaciones sociales". En la segunda mitad del mencionado siglo, se esboza realmente una clase media que no cesa de crecer, en tal forma que va a influir en los acontecimientos más destacados de la época (la Abolición, la República), alteraciones que se acentúan progresivamente. Allí han comenzado a surgir las primeras señales de originalidad artística, entre las cuales la literatura tiene primacía. Cuando, más adelante, a partir de la tercera década del siglo XX, el dominio de los propietarios rurales comienza a ser neutralizado por una clase media cuya efectividad política es indiscutible, y por la existencia de una clase trabajadora que comienza a aparecer en el escenario político, se crean condiciones para el surgimiento de una crítica, de una historia, de una narrativa, de trazos evidentes.²² Y aquí, repetiré como Mario de Andrade, "sé que aún existen espíritus coloniales". Mas esos espíritus desaparecen, se apagan porque sabemos que *sólo siendo brasileños nos universalizaremos*.²³

Hasta entonces, "realmente habría sido imposible, antes que tales alteraciones se hubiesen definido, adquirir otro cuerpo de conceptos que no fuera el ya preparado, bien condicionado, y fortificado a granel con la ideología del colonialismo, a cuya muerte estamos asistiendo, poco a poco, ante nuevas perspectivas que se abren. Y no podríamos haber sido originales, profundos



"todo lo que refleje aún el pasado colonial"

y brasileños, si estas alteraciones no se hubiesen efectuado, porque la vida política de nuestro país es en verdad reciente, y —como dice un conocido aforismo— sólo es nacional lo que es popular".²⁴

Euclides da Cunha llamó la atención acerca de las dramáticas condiciones del hombre de la tierra. Para los intelectuales urbanos y cosmopolitas de 1922, se impuso una "reverificación y una remodelación de la inteligencia nacional"; las guerras nos liberarán de los preconceptos. Desde entonces, como escribió Alceu de Amoroso Lima, "va a circular cada vez más un perfume de selva, de tierra mojada, de fresca brisa marina"²⁵ en nuestra vida intelectual. "Los asuntos brasileños, las costumbres de los *sertones* y de la costa, el paisaje que nos rodea, han de dar mayor espontaneidad a nuestra literatura. La inspiración nacional no nos llevará tan alto, mas dará mayor seguridad a un futuro remoto de creación e independencia."²⁶ Así, en virtud de las transformaciones que se darán en el mundo del siglo xx, "la presión de los nuevos convenios políticos posteriores al Tratado de Versalles se manifestará también en el edénico Brasil".²⁷ Los tiempos habían cambiado. La masa comenzaba a agitarse y a participar, de una manera lenta aunque progresiva, en la vida nacional. En 1917 en Sao Paulo —que comenzaba a ser un centro industrial— ocurrieron graves acontecimientos, más serios que todos los anteriores. Aún en 1917 un gran escritor, ligado estrechamente con su pueblo —Lima Barreto— hacía referencias elogiosas al maximalismo, como entonces era llamado el comunismo. En 1918 se estableció en el sur, en Puerto Alegre, la *Unión Maximalista* y en 1921 la mayoría anarquista, dirigida por Astrogildo Pereira, constituía el núcleo inicial del Partido Comunista, que se fundará en 1922, con la presencia de delegados de varias de las principales ciudades del país. En julio de 1922 ocurre el levantamiento del fuerte de Copacabana, de donde derivan la revolución de 1924, la Columna Prestes, la formación del Partido Demócrata — fermentos diversos de la revolución de octubre de 1930.

En todos estos hechos prevalecen los sentimientos e intereses de los problemas nacionales. Esos sentimientos e intereses se traducirán, en principio de manera confusa, tanto en las corrientes políticas de derecha como en las de izquierda, ganando progresivamente conciencia y claridad, en tanto que lo *nacional* se confunde con lo *popular*, en la medida en que el nacionalismo se presenta, para nosotros, como el camino de la liberación.

El nacionalismo sería, así, el camino de liberación. Mas, ¿por qué nacionalismo?, preguntarán. Porque el nacionalismo es, como dice Edwin Lieuwen, *la revolución de la esperanza*, porque impulsa al combate entre las fuerzas económicas colonialistas e imperialistas, también contra sus aliados internos. "Realizarse nacionalmente, para un país de pasado colonial, con estructura económica subordinada a intereses externos, corresponde a una tarea en muchos puntos idéntica a la que los países europeos realizaron al iniciarse la Edad Media, con la derrota de los restos feudales, y el avance de la capitalización. Lo que para ellos eran relaciones feudales, anteponiéndose al desenvolvimiento, es, para nosotros, todo lo que refleje aún el pasado

colonial."²⁸ Dice Nelson Werneck Sodré que "de un contenido libertador es prueba el tono apasionado de que (el nacionalismo) se reviste y que lleva a sus opositores a considerarlo más como pasión que como política".²⁹ Ciertamente que hay pasión en ese movimiento porque todas las grandes cosas se hicieron con pasión. Conviene, todavía, también "acentuar, en el caso, que no existe pasión por lo abstracto, y que el nacionalismo traduce una verdad —la verdad del cuadro histórico— y la verdad es concreta".³⁰

A quien todavía juzgue falso el nacionalismo en el plano económico, cuando es tan fácil comprobar las variadas formas de la presión económica . . . , tal vez le sea más fácil comprender el nacionalismo en el cuadro político . . . "allí, el nacionalismo representa el ideal democrático, sólo alcanzado por las clases en ascenso, que necesitan de libertad como el organismo humano de oxígeno . . . y que precisan, más que todo, de apoyo popular, y sólo eso revela el carácter democrático, esencial, de la posición nacionalista",³¹ en cuanto a las fuerzas de la reacción, las que "perderán las condiciones ostensibles para la vida, y ejercen variadas y repetidas tentativas de limitación de libertades, de restricción de las opiniones, de reducción del juego político a las viejas fórmulas, de las decisiones clandestinas, de la unión de minorías",³² tienen horror a lo que es *popular* . . .

No es difícil percibir en esa preocupación nacionalista actual del pensamiento brasileño un afán de liquidar un cierto *bovarys-mo* del pasado, el deseo de deshacer las ilusiones que alimentábamos acerca de nosotros y de los otros . . .

Es más: es el empeño de volver más objetiva a nuestra inteligencia, hacerla rigurosa, exigente; dotarla de nuevos, más delicados instrumentos de análisis. Parece que comprendemos —dije al terminar mi artículo de *Cuadernos Americanos*—, después de las guerras de nuestro siglo, que son como el molde de profunda revolución por el cual pasan los pueblos. — Después del despertar de Asia, y luego el de África, nuestro destino en América nos reserva algo más que el papel de *cordiales espectadores* del drama universal.

Universidad de Sao Paulo, Brasil.

—Traducción de José Emilio Pacheco

1 NELSON WERNECK SODRÉ, *A Ideologia do Colonialismo*, edición del Ministério de Educação e Cultura (Rio de Janeiro, 1961), 133.

2 ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas* (t. II), 3ª ed., 727.

3 LUCIEN FEVRE, "Lumières de Clío", en *Le Nouveau Monde et l'Europe*, Baconière ed., (Nemhatel, 1954), 12.

4 Cf. SODRÉ, 7.

5 *Ibidem*.

6 *Ibidem*.

7 SODRÉ, *Raízes Históricas do Nacionalismo Brasileiro*, ed. del Ministério de Educação e Cultura (Rio de Janeiro, 1959).

8 *Ibidem*, 36-37.

9 Ver nota 7.

10 SODRÉ, *Introdução à Revolução Brasileira*, José Olympio ed. (Rio de Janeiro, 1958), 1.

11 SODRÉ, *Orientação do Pensamento Brasileiro*, Vecchi ed. (Rio de Janeiro, 1942), 14.

12 GILBERTO FREYRE, *Perfil de Euclides e Outros Perfis*, José Olympio ed. (Rio de Janeiro, 1944), 22.

13 SODRÉ, *Raízes*, 29.

14 *Ibidem*, 29-30.

15 *Ibidem*, 30.

16 ALCEU AMOROSO LIMA, *Primeiros Estudos (Obras Completas) I* (Rio de Janeiro, 1948), 63.

17 MARIO DE ANDRADE, *O Movimento Modernista* (Rio de Janeiro, 1942), 13.

18 FRANCISCO DE ASSIS BARBOSA, "Nacionalismo e Literatura", en *Achados de Vento*, Ministerio de Educação e Cultura ed., 1958, 14.

19 ANDRADE, *op. cit.*, 25.

20 *Ibidem*, 42-43.

21 *Ibidem*, 43.

22 SODRÉ, *Introdução à Revolução Brasileira*, 138.

23 ANDRADE, *Cartas a Manuel Bandeira* (Rio de Janeiro, 1958), 83.

24 SODRÉ, *op. cit.*, 139.

25 ALCEU DE AMOROSO LIMA, *Contribuição à História do Modernismo. I O premodernismo*, José Olympio ed. (Rio de Janeiro, 1939), 244.

26 LIMA, *op. cit.*, 244-245.

27 MARIO DE ANDRADE, *Aspectos da Literatura Brasileira* (Rio de Janeiro, 1943), 239.

28 SODRÉ, *Raízes Históricas do Nacionalismo Brasileiro*, 34-35.

29 *Ibidem*, 35.

30 *Ibidem*.

31 *Ibidem*, 36.

32 *Ibidem*.